

Calvario. Cercan a Ricaurte llamas activas de eficacia voraz, que iluminan y espantan, que destruyen y crean y avisan muerte para que de sus carbones se levante la vida.

Adelgázase la pirámide, buscando las alturas, como la aspiración que corona una victoria enhiesta, símbolo de humanas glorias, y un cóndor salvaje que batió sus vuelos para posarse sobre aquel pico digno de la fiereza de sus garras, de la libertad de sus rutas, y de la pujanza de sus remos. Al pie del héroe, mientras la historia escribe, desvanécese el ideal en el espasmo del ensueño.

Dejadle ahora que la Inmortalidad le conduzca entre sus brazos hacia los espacios abiertos, mientras la patria afligida, pegada a las plantas ya frías, se inclina sollozando.

Es indudable que el sacrificio del joven Ricaurte tuvo algo de excepcional y único y que la pira que le devoró en vida, resplandece y aroma como nunca lograron las que antaño consumieron el cuerpo de los héroes. En aquel propio sitio sucumben también Villapol y Campo Elías. Mueren más tarde Plaza, Cedeño, Anzoátegui, Rondón, Camejo, Pedro León Torres y mil más sin que su desaparición marque tan honda huella como la del joven granadino. Y es que en aquellas muertes hubo siempre elemento aleatorio. Sobre el campo de batalla todo soldado lleva un sentimiento confuso de peligro, un temor vago de la muerte, una confianza optimista de librarse. Las balas son para los demás: la suerte protege; las heridas, posibles, y la muerte improbable. En San Mateo presentóse de súbito, ante el defensor del fuerte, el máximo peligro, en forma inexorable, descarnada y única. Había que morir para que Colombia viviese, para que el genio de Bolívar se impusiese una vez más a los que todavía dudaban, para escarmiento del presente y ejemplo de la posteridad, para satisfacción de la patria chica, orgullo de la grande, y provecho de todos los hombres; para enseñar, en fin, que sólo el dolor es fecundo y sólo el sacrificio redime. Por eso, a través de una centuria, la nación agradecida acorre a este sitio de conmemoración a decirte, oh héroe, que comprende y agradece; para ofrendarte el tributo que la nación te debe, desde éste hasta los más remotos evos.

Cuan lejos estuviste de pensar que aquella pira que inflamaste en el arrebató sublime de la renunciación, no habría de extinguirse jamás; que tras la siniestra lumbrarada que sólo dejó escombros, quedarían carbones encendidos donde fuesen a animar sus antorchas los héroes de futuras gestas para iluminar el camino que corre desde las aguas del Orinoco hasta las argentadas cimas del Potosí. Tal fué el sentido de presente que tuvo para aquellos tiempos tu voluntaria inmolación. Empero, aquella hoguera que encendiste, muéstrase activa todavía, convidándonos con sus mudas lenguas purificadoras a sacrificar nuestro egoísmo, nuestras bajas pasiones, nuestros inconfesables anhelos, nuestras venganzas sordidas, nuestra incomprensión de la hora, en provecho de la patria salud. Allí está ella, que nos aguarda, paciente y lastimada de nuestras concupiscencias y desvíos.

Oradores que por aquí paséis: tomad de aquella hoguera, como el profeta antiguo, una brasa no más para purificar vuestros labios; enalbad allí vuestras plumas, periodistas conductores de muchedumbres; retemplad vuestros aceros en aquella fragua, guerreros en quienes tiene puesta la patria su confianza, como guardianes de su honor y reivindicadores de su derecho amenazado.

Acerquémonos todos a calentar los miembros ateridos de indiferencia o desaliento, al amor de aquel brasero que irradia luz de vida. Allí está el pasado; palpita el presente, arderá allí lo que está por venir.

Bulle todavía en muchas venas la sangre procera del héroe que si honró en horas ya idas todas las actividades de la nación, blasónala hoy de gracia y de virtud, y se conservará para el futuro como la reserva de muy nobles anhelos. De allí seguirán surgiendo vestales que alimenten sin desmayar el fuego del patriotismo puro.

Cuentan los aviadores que en los espacios más altos existe una zona donde no rigen ya las normas imperiosas que regulan nuestra atmósfera circundante. Allí falta la física terrestre y comienza el imperio de las leyes aún no sabidas. Así en la Historia existe un plano superior donde se neutralizan las fuerzas en contraste,

al influjo de una atmósfera de serenidad y reposo que bien pudiésemos nombrar: zona de la inmortalidad. Siléncianse en ella los motores humanos, las hélices no giran, se adormece la brújula, y una voz imperiosa le grita al buzo audaz de los abismos siderales, que aquel no es campo propicio a la contradicción. Paréceme que en aquella zona supraterrestre fué concebido y realizado este monumento erigido al heroísmo. Sacólo un español de su cabeza, qué digo, de lo más vivo y palpitante de su corazón, para glorificar al héroe que con su sacrificio levantó un pedestal en que el hijo de Caracas se mostró ante la América pasmada, como el futuro libertador contra la madre patria.

Cumplida la hora aciaga en que la crítica nos cegó para ver a distancia, no nos sentimos ya con el hacha exótica que abatiese en América el árbol español, sino cual una rama suya que, bajo el peso de frutos en sazón, se desgajó con estrépito un día, al influjo de un viento de justicia que soplabla de lejanías sin nombre.

Por eso el digno Presidente de la Junta del homenaje a Ricaurte ha subrayado delante de nosotros la gentileza del artista y pedido a la República que para la conmemoración centenaria de Ayacucho, quede garantizado siquiera, por voluntad del Congreso, el imperativo que disponga levantar aquí, en la capital de la República, un monumento digno del conquistador del Nuevo Reino y otro capaz de sublimar las glorias del libertador de Colombia.

Influida nuestra concepción del pasado por un crudo cuanto explicable jacobinismo, parece haberse encogido de hombros ante el deber que ordena exaltar la memoria de nuestros antepasados en la raza; sin su fe, sin su audacia, sin su valentía, sin su generosidad, sin su grandeza, sería inconcebible el portento de la emancipación. En el *substratum* de todos nuestros grandes hombres, encontramos la sangre, las ideas, las virtudes, los defectos, hasta las locuras de los progenitores. De allí nació el rescate, por imperiosa ley de vida, como del mar salobre y yodado, tempestuoso y cubierto de fieras, surge en una contrición de mudanza y dolor, la esquiva, la irisada, la modesta gracia de las perlas, hijas de la acritud, hermanas del abismo, confidentes de la tempestad y alivio de la grandeza sin reposo.

Que mire, pues, Colombia, en su caballo de pelea, en un día no lejano, al licenciado granadino que conquistó con la espada, para la majestad civil, el territorio que hoy pisamos.

Cuanto al Padre de la Patria, ¿qué monumento le alzaremos, si todo parece ruin ante su porte colosal de semidiós? Si lo fundimos en oro fino, habremos hecho de él solamente un ídolo; si en bronce, lo limitaremos pobremente como se encarcela el autor dentro del libro que escribió. ¿Cómo admirarle, cómo ensalzarle, cómo honrarle? Un día de febril desbordamiento sintió él súbitamente la urgencia del pedestal, y enloquecido como el Dyonyos de la tragedia griega, danzó atropelladamente sobre la mesa del festín, ceñido no del pámpano lascivo que cifra la molicie, sino del laurel acre que galardona al triunfador.

Aquella tabla, engrandecida por el genio, se asemejó a un pavés que sostuviesen, como cariátides asombrosas y vivas, los más ínclitos paladines de América, que sintieron por un instante, en la leve gravitación del Padre, la irresistible pesadumbre que oprimió al viejo Atlas cargando todo un mundo sobre los hombros. Esa fué una hora humana para el Libertador, que aún no se había elevado, en la suprema purificación de la amargura, desde el monte más alto de la transfiguración histórica. Hoy no hay ya cómo figurarlo, ni molde digno para vaciar su majestad. Imaginémosle no más como en el festín austral, recorriendo a un andar precipitado, a paso gigantesco de cima en cima, las niveas alturas de los Andes, a lo largo del Continente libertado por él y deteniéndose un instante ante el airón de fuego de todos los volcanes, a recordar aquel otro de San Mateo en que la mano del adolescente granadino alzó la inflamada antorcha y alumbró los siglos, disipando, a sus fulgores, con la noche del pasado, las sombras que velaban al Genio de América.

GUILLELMO VALENCIA